



Juan Marchena Fernández in memoriam Por José Mateo

Juan Marchena, fue doctor en Historia de América por la Universidad de Sevilla, profesor titular del área de América en una de sus creaciones, la Universidad Pablo de Olavide de Sevilla y director del programa de doctorado en Historia Latinoamericana en esa Universidad y en las de Quito, Jaime I de Castellón en Valencia, así como colaborador en el Rudecolombia.

Los que lo conocimos reconocimos en él un profundo amor por América, sobre todo por la América de las revoluciones, de los ejércitos y de las burguesías que sucedieron a los gobiernos coloniales. También pudimos admirar en él su inmensa capacidad de gestión. En lo personal lo conocí primero como gestor de la emblemática "Maestría en Historia Iberoamericana: tierras, hombres y dioses". Allí descubrí muchas cosas del mundo académico "marchesiano" que no eran comunes en la tradición americana.

En primer lugar, el buen humor, algo que escarcea en nuestros claustros hispanoamericanos y que colabora tanto en la desdramatización de los procesos históricos leídos por historiadores, en la comunicación de la ciencia y en la difícil tarea docente de hacer viajes mentales a un pasado lejano e inabordable en muchos aspectos.

En segundo lugar, la libertad del proceso de aprendizaje. Recuerdo cuando nos recibió allí en La Rábida en Huelva, Andalucía, y nos dijo "esta es vuestra casa, espero que no tarden mucho en darse cuenta". Se trataba de un colegio militar transformado en escuela de posgrados donde se cursaban dos maestrías (la de Derecho y la Historia) en simultáneo. Y si bien el régimen de cursado era bastante castrense en sus resultados, convivíamos allí estudiantes y alumnos con docentes de todas partes del mundo que conocíamos por sus libros, sala de informática y biblioteca abierta las 24 horas, un bar igual, un campo de fútbol y libre circulación y uso de todo para todos en cualquier momento. Esto podemos llamarlo "libertad de cátedra" en el más ambicioso lenguaje "reformista".

Una selección de estudiantes de cada país de América, de España por supuesto, de Francia y de Italia fuimos los privilegiados de vivir esa experiencia. Claro, estar a siete kilómetros del lugar poblado más cercano (y esto lo podemos llamar tercer aspecto marchesiano) estimulaba el espíritu de comunidad. La sevillana, el jondo, se

mezclaban con el ballenato, la cumbia y hasta nos dedicó una "lunita tucumana" con delicioso acento andaluz. Recuerdo que señaló la luna que caía de madrugada sobre el Río Tinto y dijo "en unas horas se estará viendo en Tafí del valle".

Y cada generación, pasadas casi tres décadas, seguimos encontrándonos en Algeciras, en Jujuy, en La Paz Bolivia, en Santiago de Chile, en Barranquilla, en Tucumán, y en tantos otros lugares.

Nos dimos el último abrazo material en Ayacucho, Perú, donde felizmente pude ver que los tiempos no lo habían cambiando y que seguíamos mirando al mundo con los mismos ojos, con las mismas expectativas y con el mismo dolor.

Los estudiantes no pasaron por su vida, sino que se quedaron en él y apoyó todos los proyectos, incluido el de esta revista.

Él no lo sabía, pero estaba en mis planes un encuentro junto al Guadalquivir que no va a poder efectuarse. Levanto la copa con un "chato" de manzanilla por Juanito, maestro, colega, amigo.

Lo recordamos en esta entrevista.

VER ENTREVISTA EN: [HTTPS://WWW.YOUTUBE.COM/WATCH?V=GDUF8L_OGJo](https://www.youtube.com/watch?v=GDUF8L_OGJo)

